

# HISTORIA DE JAPÓN | PERIODOS MEIJI Y TAISHŌ (1868-1926)

## Introducción

¿Qué tal estás? Bienvenido al vídeo dedicado al Japón Meiji y Taishō, dos periodos de la historia japonesa caracterizados por el desarrollo industrial y económico del país, así como su proceso de occidentalización ¡Comenzamos!

## La Revolución Meiji

Hasta bien entrado el siglo XIX, el archipiélago japonés vivía bajo un régimen feudal, con sus tradiciones propias y totalmente aislado de Occidente. El poder se encontraba repartido entre los grandes propietarios rurales -los *daimyos*- y los señores de la guerra o *samuráis*. Ambos grupos obedecían a un jefe militar y político: el *shōgun*, cargo que desde el siglo XVII venía ocupando la familia Tokugawa. Esta especie de gran ministro o valido ejercía el auténtico poder en el país, siendo el emperador, con residencia en Kioto, una figura simbólica y sin poder real. De hecho, la capital efectiva era Edo, lugar desde donde gobernaban los Tokugawa. Por su parte, la gran masa de la población vivía de la agricultura del arroz bajo un régimen de servidumbre feudal.

En la primera mitad del siglo XIX se establecieron algunos contactos con mercaderes holandeses, rusos y británicos, mientras que los Estados Unidos presionaban para mantener relaciones comerciales con los puertos japoneses. Eso llevó al suceso de julio de 1853 que comentamos en el vídeo anterior: el comodoro estadounidense Matthew Perry penetró con su flota en la bahía de Edo, exigiendo entregar una carta al emperador y la apertura comercial de algún puerto japonés. Un año después, con la firma de la Convención de Kanagawa, se ponía fin a la política de aislamiento o *Sakoku* con el establecimiento de relaciones con los Estados Unidos. Poco tiempo después, otras potencias occidentales impusieron sus propios tratados comerciales y diplomáticos, de tal modo que la nación nipona se veía cada vez más humillada.

La situación generó un gran descontento político y una crisis de poder que se manifestó en la pérdida de confianza en el Shogunato por parte de algunos *daimyos* y del propio emperador. En ese contexto se entienden las reformas Keiō que, como comentamos en el vídeo dedicado al Periodo Edo, tenían como objetivo sofocar las rebeliones de los señores de Satsuma y Chōshū. Sin embargo, la expedición militar enviada por el gobierno contra el segundo de ellos terminó en un sonoro fracaso, por lo que en 1866 el nuevo *shōgun* -Tokugawa Yoshinobu- tuvo que replantearse la situación. Además, esto coincidió en el tiempo con el fallecimiento del emperador Kōmei y el ascenso al trono de Mutsuhito en enero de 1867. Este relevo complicó aún más las relaciones entre las cortes de Kioto y Edo, hasta el punto de que, de forma secreta, el nuevo emperador ordenó a los señores de Satsuma y Chōshū que planificaran el asesinato del *shōgun*. Sin embargo, en una hábil maniobra política Tokugawa Yoshinobu se adelantaba a sus planes y renunció al poder. De esta forma, dejaba en manos de los *daimyos* el nombramiento de un

nuevo gobernante que, con casi total probabilidad, sería un miembro del clan Tokugawa.

Por tanto, con el fin de evitar un nuevo Shogunato, los señores de Satsuma y Chōshū asaltaron el palacio de Kioto el 3 de enero de 1868. Una vez lograron controlar la capital imperial, convencieron a Mutsuhito para que decretara el final del régimen de los *shogunes* y declarara la restauración de su poder absoluto. Esto era inaceptable para Tokugawa Yoshinobu, quien emprendió la marcha hacia Kioto al frente de su ejército. Se iniciaba así la Guerra Boshin, cuyo principal enfrentamiento estuvo en las batallas de Toba-Fushimi, del 27 de enero, y de Ueno, del 4 de julio. El triunfo de las tropas imperiales en ambas condujo al arresto del antiguo *shōgun* y el traslado de Mutsuhito a Edo, que fue rebautizada como Tokio. Desde allí comenzó a ejercer como único gobernante de Japón, si bien no terminó por asegurar su control sobre todo el territorio hasta mayo de 1869.

### **El nuevo Japón Meiji**

*Meiji* significa luz o luminoso y es el calificativo empleado normalmente para describir el gobierno iluminador o ilustrado de Mutsuhito, entre 1868 y 1912. Aunque sea legítimo hablar de la revolución *Meiji*, en ese periodo hubo en Japón más bien una evolución reformadora que acabó afectando a todos los ámbitos de la vida social japonesa. De hecho, el tránsito del Antiguo al Nuevo Régimen pudo hacerse en Japón sin las tensiones características de Europa y a una velocidad bastante superior. Una de las causas de esta singularidad la hemos de buscar en la estructura de la propiedad de la época Tokugawa. Los *daimyos* eran tan solo administradores de unas tierras que pertenecían al emperador. Así, cuando este, de hecho, acaparó el poder, apenas halló resistencia en quienes podrían haberse erigido en sus opositores. Además, dos hechos coincidentes en el tiempo, y mutuamente vinculados, ayudan a explicar que la reforma fuese más profunda y extraordinariamente estable:

- De una parte, en 1868 Mutsuhito deshizo la dualidad entre *shōgun* y emperador, enlazando la autoridad civil y religiosa en la misma persona.
- De otra, en 1871 decretó la reposición del sintoísmo como culto oficial. Sin duda, la religión tradicional japonesa sería un firme principio de cohesión interna que permitiría adoptar el modelo occidental sin renunciar a los valores tradicionales de la nación.

Pero restaurar las grandezas pasadas implicaba también conquistar regiones sobre las que ejercer su hegemonía económica y cultural, como antiguamente. Así que el proyecto reformador *Meiji* tenía -por naturaleza, aunque en estado latente- un nacionalismo expansionista, cuya eclosión y éxito dependería de la tardanza en copiar los adelantos militares occidentales. Por tanto, el imperialismo fue parte esencial de las reformas acometidas. Al fin y al cabo, era otro modo de conciliar la tradición con el colonialismo tan intensamente vivido por las naciones a las que Japón aspiraba a emular. China, admirada durante siglos, quedaba como ejemplo patente de estancamiento y de dominio extranjero: Occidente era el espejo.

De esta forma, una vez superada la etapa de aislamiento, nada impedía conocer directamente cuáles eran esos adelantos sobre los que edificar el nuevo Japón. Por eso, una misión diplomática japonesa dio la vuelta al mundo recorriendo Norteamérica y Europa entre 1871 y 1873. Los casi cien expedicionarios regresaron a Tokio atónitos ante lo contemplado en su periplo. Y, aunque fracasó el intento de revisar los tratados comerciales desfavorables, las ideas traídas marcaron el sendero de las reformas. Además, los contactos establecidos permitieron enviar estudiantes a universidades extranjeras y acordar la colaboración de especialistas occidentales.

El logro más axiomático y duradero de las reformas fue la centralización de la administración, imprescindible para asimilarse a las naciones-Estado occidentales. El Emperador Mutsuhito gobernó con un poder absoluto, ayudado de relevantes ministros y consejeros. En primer lugar, se estableció un consejo de gobierno, el *Dakojan*, y un gabinete de ministros, sobre el que el emperador mantenía su supremacía absoluta. A su vez, desmontó el poder de los señores feudales, eliminando los antiguos privilegios personales, y transformó los feudos en departamentos dirigidos por representantes del poder central. Por último, se hizo con el poder militar, eliminando la influencia de los *samuráis* y creando, en 1869, un Ministerio de la Guerra. Esto le permitió formar un gran ejército que imitaba el modelo prusiano. También implantó, en 1873, el servicio militar obligatorio, que fue un instrumento de unificación e igualdad, incorporando a la población campesina a las tareas de defensa.

En esos años, el gobierno *Meiji* también emprendió una fuerte reforma fiscal, implantando el *yen* como moneda única y permitiendo la entrada de inversiones extranjeras. De hecho, el ferrocarril Tokio-Yokohama se construyó con capital británico. Asimismo impuso una eficaz política fiscal y aceptó que los campesinos pagaran sus impuestos con moneda, lo que les permitía comercializar las cosechas. En 1873 se implantó la reforma agraria, que terminó con el régimen feudal en el que se encontraba la mayoría de la población campesina. Aún así, el número de campesinos arrendados seguía siendo muy elevado: más del 40% en 1890.

Ese conjunto de reformas a las que nos estamos refiriendo condujeron a un rápido cambio en las costumbres de los japoneses. Desde 1873 se impuso el corte de pelo a lo occidental, el uso de la chaqueta en las ceremonias oficiales y se adoptó el calendario occidental. Además, se confeccionó un nuevo código civil y penal, de inspiración francesa, que, entre otras medidas, eliminaba la tortura. Y, en paralelo a eso, en 1871 se creó el Ministerio de Instrucción Pública y se amplió el sistema educativo, pues en 1868 el 40% de los japoneses eran analfabetos. Por último, en el ámbito de la opinión pública se fundaron periódicos, como *Asahi* o *Sol naciente*, que ejercieron un papel muy importante en el proceso de modernización.

El conjunto de transformaciones que vivió Japón en los primeros veinte años de la época *Meiji* encontró un refrendo en la Constitución de 1889. Fue la primera constitución del nuevo Japón, en la que se sentaron las bases de un liberalismo de corte conservador siguiendo el modelo de Alemania y Austria. En su articulado, que estuvo en vigor hasta 1947, se reconocía el poder absoluto del emperador. También se establecía un Parlamento con dos cámaras: la de los Pares y la de los

Diputados, siendo estos últimos elegidos por sufragio censitario. En esos comicios sólo podían votar los hombres mayores de veinticinco años que pagaran, al menos, 15 *yenes* de impuestos. Si bien el porcentaje fue aumentando según pasaron los años, con esas condiciones solo el 1% de la población pudo participar en las primeras elecciones. Al margen de esto, cabe señalar que en la Constitución de Japón se establecían las libertades y poderes públicos, así como el control relativo del gasto nacional por la Cámara de los Diputados. Ahora bien, tras su promulgación, siguió gobernando la oligarquía, organizada en dos partidos tradicionales que se alternaban en el ejercicio del poder.

### **El expansionismo imperialista de Japón**

El proceso de modernización de la era *Meiji* no sólo transformó la vida social y política del país, sino que afectó decisivamente al desarrollo económico e industrial. En 1880, Japón contaba con 37 millones de habitantes, que pasaron a ser cerca 50 poco antes de la Primera Guerra Mundial. En esos años se desarrollaron extraordinariamente los transportes marítimos, ya que el ferrocarril resultaba excesivamente costoso a causa de la orografía y la estructura insular del país. Con una rapidez inusitada, Japón transformó sus estructuras económicas, alcanzando un elevado grado de industrialización.

Este proceso fue impulsado con eficacia desde el Estado, que aportaba el capital necesario para la inversión industrial. El gobierno fundó fábricas sin cesar y propuso ambiciosos planes de industrialización. Para ello, se importó maquinaria, se premió a las empresas más eficaces y se enviaron técnicos al extranjero para mejorar su formación. También se fomentó el desarrollo de la extracción minera y de la industria pesada: de hecho, en 1901 ya había una siderurgia en Yawata. A todo esto se añade que la industria textil, donde se seguía trabajando con la seda tradicional, fomentó la manufactura de algodón. A su vez, las industrias estratégicas, en especial las de armamento, mantuvieron un desarrollo secreto en Tokio y Osaka, sin la colaboración de extranjeros. Por último, dentro de este repaso al desarrollo industrial japonés, hay que señalar la aparición de las grandes compañías industriales, como Mitsubishi y Mitsui. Tanto por el esfuerzo estatal como de la iniciativa privada, Japón se convirtió en la principal potencia industrial de Asia a comienzos del siglo XX.

Esa gran transformación social, política e industrial alimentó la expansión imperialista. El reducido espacio físico del archipiélago, la presión demográfica y la exigencia de nuevos mercados llevaron, a lo largo de la primera mitad del siglo XX, a participar en una serie de conflictos armados e invadir otros países. En 1876, Japón presionó a Corea para que se abriera a Occidente y admitiera su influencia. Casi dos décadas después, en 1894, se inició su primera guerra con China, que terminaría con la aplastante victoria japonesa un año después. La ambición de Japón no se detuvo ahí, de tal modo que en 1904 se produjo el ataque al puerto de Port Arthur. Daba comienzo así un conflicto bélico con Rusia en el que, para sorpresa de las restantes potencias, Japón acabó derrotando a una nación europea en 1905. Como consecuencia de la guerra, el zar se vio obligado a reconocer la influencia japonesa en Corea, al tiempo que cedía la explotación del ferrocarril de Manchuria. Finalmente, al término de la Primera Guerra Mundial, Japón se apoderó

de las posesiones alemanas en China y el Pacífico –no referimos, sobre todo, a las islas Carolinas, Marianas y Marshall- y se convirtió en la tercera potencia naval del mundo. Ahora bien, estas anexiones se llevaron a cabo en un contexto de decepción por las escasas ventajas que el bando ganador, en el cual se encontraba, le concedió en la Conferencia de Paz de Versalles.